

# II - Tú me haces sabio, yo te hago sabio

DANIEL CAMACHO

En nuestro anterior artículo decíamos que don Constantino Láscaris nos trata de convencer de que existe en la Universidad de Costa Rica un genio de las letras y para probarlo se refiere a la cantidad de páginas que dicho señor, llamado Franco Cerutti, ha publicado.

Al respecto lo que sabemos es que cuando el mencionado "sabio" publicó sobre Luckaks, un joven profesor de nuestra Universidad, Juan Fernando Cerdas, que sí sabe del tema le enmendó la plana; que cuando publicó sobre teatro en Costa Rica, un conocido director de teatro costarricense que no me autorizó a dar su nombre, lo exhibió en su ignorancia y que, cuando una alta autoridad de la Universidad de Costa Rica visitó en Estados Unidos un centro dedicado a los estudios de América Central recibió muestras de extrañeza porque se permitiera la publicación de escritos tan superficiales como los del "sabio" a que alude el doctor Láscaris.

Existe un método muy efectivo para adquirir influencia en esos pequeños países salvajes. Llegamos de Europa, deslumbramos a los nativos con la mención de autores y nombres que nos den imagen de eruditos, aunque poca vigencia e importancia tengan en la cultura latinoamericana. Luego tú me elogias a mí y yo te elogio a ti. Nos calificamos mutuamente de sabios. De ahí en adelante todo está hecho. Si no sabemos investigar, no importa; si escribimos superficialidades, tampoco importa, con la condición de que escribamos mucho.

Hay un peligro que quizá no fue previsto: que algunos nativos no han quedado totalmente deslumbrados. Entre ellos hay que citar a don Carlos Meléndez, primer director del IECA a quien no se le ha reconocido ese mérito ni por parte de aquellos que ahora reclaman con estridencias que se les elogie en público por las pequeñas cosas que hicieron, al Dr. Guillermo Chaverri, quien ha participado en universidades de envidiable ambiente académico, al Dr. Fernando Durán que ha combinado una formación universitaria europea del más alto nivel con el trabajo científico en algunas de las mejores universidades norteamericanas. Estos son sólo algunos de los que no se han dejado deslumbrar y que han actuado como lo exigía su deber de costarricenses. Han corregido lo que había que corregir; no han temido a la amenaza de una avalancha de adjetivos, citas y latinajos cuando han debido decir no a una publicación mediocre o a un plan de investigación sin rigor.

La colonización de los pueblos salvajes parece que se está haciendo cada día más difícil.

A don Constantino Láscaris le agradezco la oportunidad que me da para aclarar estas cosas. A él sí da gusto responderle. En contraste con algunos recientes inmigrantes del Viejo Mundo él es un hombre ingenioso, profesor de varias generaciones de universitarios —guardo un buen recuerdo de sus amenazas clases—, claro en el escribir, respetuoso en el debate y, aunque según se desprende de su último libro, no ha logrado captar lo costarricense, es de reconocerle su esfuerzo para integrarse a este país en donde, sin duda, es bien recibido.